

CAPÍTULO TERCERO

CONFLICTO DE VALORES

CONFLICTO DE VALORES

Por BENJAMÍN GARCÍA SANZ

Introducción

Uno de los aspectos más en entredicho en la sociedad actual es el de los valores. Analizamos este aspecto dentro de la cultura y la educación.

Según el diccionario, cultura viene del latín *cultura* y equivale a cultivo. De los múltiples contenidos que se pueden dar al término elegimos el que identifica cultura con «conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial en una época o grupo social» (1). Utilizamos, pues, el término, en un sentido lato y lo identificamos con la manera que tienen los hombres de tomar posturas ante la vida.

Concretamos un poco más el término y lo subsumimos bajo el epígrafe de «valores de la sociedad», y lo identificamos con las creencias que cada uno tiene y la forma de expresarlas. Nos interesa en este trabajo sobre todo la forma de expresar las creencias y los valores, porque entendemos que las expresiones forman parte de las concepciones. Situamos las expresiones en un triple nivel: relaciones con uno mismo, relaciones con los otros y relaciones con la sociedad.

La cultura define unos valores, unas creencias, una ética, unos comportamientos. La cultura es el armazón para indicarnos lo que somos, la

(1) *Diccionario de la Lengua Castellana*, edición de 1822. Puede consultarse también la acepción del término en el *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992.

opinión que tenemos de los demás y cómo tenemos que relacionarnos con ellos.

El segundo término es el de la educación. Educar, en sentido etimológico, significa dirigir, encaminar, adoctrinar. La educación se puede entender de una doble manera, por un lado, desarrollar las potencialidades que ya están presentes en el ser humano, y por otro, hacer que las personas se revistan de todo lo que es necesario para vivir como seres humanos en una determinada sociedad. El primer caso aludiría a las potencialidades del ser humano y a su desarrollo mediante la educación; y la segunda intenta inculcar a los educandos de una ética y de unos valores, necesarios para la convivencia. Esta segunda acepción es la que tomamos en este capítulo. Entendemos, pues, por educar dotar al ser humano de unos instrumentos capaces para vivir en sociedad y por, tanto, suponen «dirigir, encaminar, adoctrinar». Así, pues, la educación marca las líneas de actuación del ser humano en su camino hacia la madurez como persona.

La cultura es el resultado final, y la educación es el medio para alcanzarlo. No estamos hablando de cultura como saber o conocimiento, sino más bien como comportamiento o como marco teórico en el que nos apoyamos para definir nuestros actos. Toda sociedad se asienta en una cultura. Sin cultura no hay sociedad. Sin unos valores, sin la regularidad de unos comportamientos es imposible determinar el funcionamiento de una sociedad.

Por supuesto que ambos términos son dinámicos. Por ello no es posible generalizar y extrapolar los términos de cultura y educación a un tiempo y a un espacio. En el recorrido hay algo común, pero dentro de un cambio social en virtud del cual aparecen ideas y valores que anteriormente no se consideraban. Del mismo modo, desaparecen otros elementos (valores), que hasta cierto momento eran imprescindibles para la convivencia. Por ejemplo, hace unos años era impensable el matrimonio civil o la unión de parejas homosexuales, y hoy es algo que se acepta sin más y se deja al ámbito individual de cada persona. Todo ello indica la evolución a la que está sometida nuestra sociedad. Este hecho confirma que estamos ante algo dinámico, aunque, como veremos, el dinamismo y la evolución no deben afectar a lo esencial.

De la relación entre cultura y espacio no hace falta más que comparar los valores que están presentes en una y otra sociedad. El antagonismo es claro entre Europa y los países árabes, entre Europa, China y Japón.

Son espacios diferentes que avalan, también, culturas diferentes y las legitiman de cara a la convivencia. En un sentido más particular se pueden comparar retazos diferentes de convivencia entre algunas comunidades autónomas. Hace unos años estaban ocultos ciertos comportamientos separatistas que en la actualidad están legitimados.

Situación actual de los valores en nuestra sociedad

Planteo esta cuestión porque vivimos en una sociedad que parece que está enfrentada; es una sociedad en la que los valores que rigen la vida de unos no son los mismos que orientan la vida de los otros; es una sociedad en la que unos patrimonializan ciertos comportamientos que niegan a los otros. Es una sociedad en la que se afirma sin más, pero sin dar argumentos, sin utilizar razones, sin escuchar al contrario. Vivimos en una sociedad de bandos, en la que se socavan los fundamentos de la tradición, se antepone el interés particular a las conveniencias sociales, se valora el triunfo individual, aunque sea por casualidad y sin esfuerzo, al trabajo bien hecho; se hacen esfuerzos inauditos por conseguir el triunfo económico, aunque sea a costa de ocasionar ciertos perjuicios a los demás.

Se dice que vivimos y queremos una sociedad democrática pero no se cumplen las reglas de juego. Si nos interesa somos muy leguleyos y apelamos a lo que dicen las leyes, pero si el cumplimiento de la Ley va contra nuestros intereses la cuestionamos y hacemos ver que es contra-productiva cumplirla en ese momento.

Ha desaparecido de nuestra sociedad el valor de la verdad, sobre todo cuando de ello se pueden derivar problemas y enfrentamientos. La verdad y la mentira dependen del rédito que se saque de ellas en cada momento. La mentira y la verdad no existen. Es verdadero aquello que en un momento interesa, pero eso mismo es falso si han cambiado los intereses. La idea machadiana de la búsqueda de la verdad ha desaparecido de nuestra sociedad y se ha establecido el predominio del individuo y de su interés inmediato sobre los intereses de la sociedad. Se impone la verdad manipulada, o la verdad con visos de realidad, aunque para ello se tengan que hacer grandes esfuerzos. Se han roto las jerarquías y se ha implantado como bien universal el sentido práctico y el hedonismo.

Es una sociedad en la que se destruye al otro, si éste nos molesta. Se antepone las ideas a los hechos; los comentarios fáciles a los argumentos razonados; los juicios nobles a las conveniencias; la descalificación al comportamiento honesto; la política a la ética. Al otro, al que no es de nuestra cuerda o no piensa como nosotros, hay que destruirlo. Por eso, en sentido metafórico, está mejor muerto o callado, para que no nos moleste.

Como ha puesto de manifiesto el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en barómetro de enero de 2011, los valores que caracterizan a la derecha, según esta encuesta, se identificaría con la tradición, el orden y la eficacia; en cambio, sería patrimonio de la izquierda, la igualdad, la solidaridad, la honradez, los derechos humanos, la libertad individual, el progreso, el idealismo y la tolerancia.

Ni de la izquierda se puede decir que esté por la libertad, la honradez, la solidaridad, los derechos humanos, la igualdad, el progreso, el idealismo y la tolerancia, como piensa la sociedad según el CIS, ni de la derecha que sólo defienda la tradición, el orden y la eficacia. Pecaría de ingenuo, o de mala voluntad, el que quisiera identificar estos valores con la ideología. Lo importante es el individuo, la persona. Hay gentes que son de derechas y se puede afirmar de ellos, con toda rotundidad, que son honrados, solidarios, tolerantes, defensores de los derechos humanos, amantes de la libertad y de la igualdad, como también se pueden atribuir estos mismos valores a gentes que se consideran ubicados en la izquierda.

Los valores, pues, no son patrimonio de una ideología, como muchos no dejan de afirmar, sino de las personas. Tener unos valores y hacer de ellos el frontispicio de la convivencia es propio de la persona y de la educación que se ha recibido.

Pero sigamos catalogando a nuestra sociedad. Es una sociedad en la que se evita relacionar esfuerzo y éxito, o fracaso personal y ausencia de esfuerzo. No se acepta el triunfo ni el éxito personal, sino que se apela a relaciones bastardas. Es verdad que algunos para triunfar se han valido de su posición ventajosa en partidos o en la sociedad, pero otros han triunfado porque se han esforzado, han invertido y se han arriesgado.

Unos han metido sus talentos debajo de la tierra, pero otros los han puesto al servicio de ellos mismos y de la sociedad. Esto ha llevado a unos a enfatizar más los derechos que los deberes, haciendo caso omi-

so de que todo derecho implica un deber, pero otros están haciendo lo contrario. Es un error argumentar la existencia de nuestros derechos sin apelar de forma inmediata a nuestros deberes. Por supuesto que tenemos derecho, como indica nuestra Constitución, a una vivienda, a un trabajo, etc.

Pero la pregunta inmediata que nos tenemos que hacer es: ¿quién nos lo puede garantizar? Pensar que es el Estado, sin nuestra colaboración, el que tiene que solucionar los problemas es una equivocación. Por supuesto que el Estado tiene armas para mejorar o empeorar la economía y la vida social, pero lo que hace es repartir la riqueza que cada uno de nosotros previamente hemos creado. Si nosotros no producimos, si no generamos trabajo, no hacemos casas, no ponemos en funcionamiento nuevos negocios, o no consumimos, difícilmente el Estado puede repartir.

Es una sociedad que combate la excelencia y apuesta por la igualdad, aunque sea por abajo. Esto a la larga socava los estímulos para superarse. Se argumenta que favorecer la excelencia es apostar por la desigualdad porque se posterga a los que no pueden seguir a los mejores. Si esto fuese verdad, se deberían suprimir las notas, que introducen una clasificación de los alumnos y los sitúan en posiciones distintas, o ciertas becas que tratan de incentivar a los mejores.

Es una sociedad que no tiene claros los juicios sobre el comportamiento de las personas. Todo depende de quién lo diga. La lógica es el familismo amoral. Esta teoría fue formulada por Banfield, allá por los años 1958 (2), después de haber hecho un estudio sobre el comportamiento de los campesinos de un pueblo del sur de Italia que denominó Montenegro (3). Llega a la conclusión de que éstos, los campesinos, tienen dos varas de medir. Una, para evaluar el comportamiento familiar, y otra, para referirse a los otros, a la comunidad. Respecto al comportamiento familiar, la opinión que se tiene es que todo lo que se haga se considerará bueno; en cambio, sería tildado de lo contrario, si el comportamiento está lejos del círculo familiar. El familismo se convertiría en amoralidad, si el juicio que tenemos que emitir es sobre alguien que no es de nuestro entorno; en cambio, si se aleja de él, cambiará la percepción social. El principio

(2) Véase *The moral basis of a backward society*, Simon & Schurter, 1967.

(3) Banfield era un americano que se trasladó al sur de Italia con el fin de estudiar por qué los pueblos del Sur están más atrasados que los del Norte. La conclusión a la que llega es que mientras los del Sur no tienen ningún interés en promover acciones colectivas que redunden en beneficio de todos, no es la lógica seguida por los pueblos del Norte.

básico en el que se apoya es el individual, si hay una garantía de beneficio. Cualquier cosa que se haga en beneficio propio, o de los parientes próximos, será moralmente positiva y cualquier cosa que se haga para engañar o aprovecharse de las instituciones del Estado o de cualquier instancia pública, fiscal, legal o administrativa será prueba de habilidad y de inteligencia. Ha pasado mucho tiempo y esta teoría ha vuelto a tener vigencia más allá del sur italiano.

El familismo se puede aplicar a toda la sociedad, si entendemos la familia en un sentido amplio. En este caso, la familia son los nuestros, nuestro partido, nuestros amigos, nuestro grupo; en cambio, los otros, son los que no piensan como nosotros, los que no pertenecen a nuestro clan, los que no tienen la misma visión política, ni emiten el mismo voto. Para percibir con total nitidez la presencia del familismo en la sociedad no hace falta más que escuchar la radio, ver la televisión o leer los periódicos. Unos y otros dan noticias y las interpretan según su visión ideológica. En la misma línea hay que juzgar los comentarios que hacen los artículos de los periódicos. Si es de los nuestros, aunque diga tonterías, será valorado muy positivamente; juicio muy contrario, si la opinión proviene de los otros. Es lo que también se llama «particularismo».

Hay, al menos, tres campos en los que en la actualidad está presente el familismo amoral: el juicio emitido sobre los otros, el ejercicio de la justicia y el de la corrupción de los políticos.

El juicio sobre los otros es siempre tajante. Muy diferente es si se refiere a los nuestros. De los nuestros se presume la buena voluntad y se habla de errores; en cambio a los otros se les ve el plumero y su comportamiento, cuando es delictivo, no hace más que expresar lo que llevan por dentro.

Otro tanto sucede con los políticos y con la corrupción. Lo de menos es la objetividad. No existe consenso para censurar al corrupto. Si el político es de los nuestros se intenta negar, tapar o minimizar lo que hizo; si, por el contrario, es de los otros, hay que magnificar e insistir. En uno y en otro caso, no se trata de condenar y estigmatizar al corrupto, sino al partido contrario. Lo de menos es la corrupción, lo importante es que milite en nuestro bando o en el otro.

Un hecho con el que tenemos que enfrentarnos a diario es el de la descalificación. Se descalifica sin atenerse a razones y al buen juicio; se descalifica sin escuchar previamente y sin conocer los argumentos del contrario. Se afirma sin reparar y se divide sin escuchar. Vivimos en una

sociedad en la que el mundo está fragmentado entre buenos y malos; gentes que piensan como nosotros y gentes que tienen pensamientos contrarios. Más que un país de personas que razonan y argumentan, parece un país de hinchas y de forofos.

Un ejemplo palmario son las tertulias. Está bien que no haya un solo pensamiento o una sola opinión, pero mezclar gente que no razona, que no deja hablar, o que interrumpe continuamente la discusión, con otros que razonan y escuchan, me parece un contrasentido. Quizás haya que ver las tertulias como un exponente de la sociedad, pero así no se avanza en el conocimiento. Si lo que se pretende es llevar a la pantalla las discusiones de la calle, o los enfrentamientos existentes en la sociedad, está bien; pero, si su fin es avanzar en el conocimiento, despejar incógnitas y profundizar en los hechos, parece que no es el mejor método.

Elevando el tono de la discusión, hay ejemplos palmarios que denotan que se ha perdido el sentido de la ética y de la responsabilidad. Hace unos días se daba la noticia de que cierto político alemán dimitía porque había violado las reglas de juego; había utilizado indebidamente los bienes públicos, o no se había atendido a las reglas de juego para elaborar su tesis doctoral. Esto contrasta con una sociedad que permite el juego sucio, la mentira, la doble vara de medir, los juicios favorables, cuando se trata de los míos, y enconados, cuando se refiere a los otros, es una sociedad que está enferma.

No se trata sólo de arremeter contra todos ni tampoco contra los medios que están para legitimar lo que hacen los suyos y dismantelar los argumentos del contrario, aunque sean plausibles. Tampoco hay que esperar la denuncia de los que viven de las prebendas del poder. Harán uso de todos sus argumentos para mantener su estatus y para defender los privilegios que han alcanzado no por su sabiduría y sus méritos, sino por haber estado cerca del poder. Esto explica por qué algunos defienden lo indefendible, argumentan sin lógica, afirman sin comprobar y atacan sin piedad. No están hablando del contrario, sino que se están defendiendo a sí mismos. Por eso reivindican su trabajo, legitiman su sueldo y luchan por su futuro. No piensan en la sociedad, sino en ellos mismos, aunque hacen ver lo contrario. Se escudan en la ideología, pero lo único que les interesa es el estómago.

Todo ello nos lleva a plantear los valores mínimos que han de estar presentes en la convivencia. Los valores para que triunfe la armonía frente al

enfrentamiento; el buen juicio frente al pensamiento equivocado; la verdad frente a la mentira; la responsabilidad frente a la irresponsabilidad; el esfuerzo frente a la dejadez; la justicia frente al trato discriminatorio; la buena gestión frente a la arbitrariedad. Hay que depurar los juicios para que sepamos discernir lo bueno de lo malo; la verdad del error; el interés particular por el interés social

Hay gentes que piensan que lo que actualmente pasa hay que atribuírselo a los individuos. Se dice que tenemos la sociedad que nos merecemos. Iría más allá y afirmarí­a que tenemos los políticos que nos merecemos. Si los políticos son corruptos, mentirosos, insolventes y poco demócratas es porque la sociedad participa también de estos vicios. Si por el contrario, la sociedad está enfrentada y ha destruido unos valores elementales, es porque interesa. La sociedad es el reflejo de sus políticos y los políticos de su sociedad.

No se puede dejar al voluntarismo de la gente el buen o el mal comportamiento social. Si no se hace así, se están poniendo los fundamentos para que la sociedad no funcione. Cuando alguien se vale de su cargo, de sus relaciones, de su poder para desvirtuar el valor de la Ley están poniendo los fundamentos para que otros hagan lo mismo. Lo hará también así el que tiene poder y controla múltiples relaciones. Como el pueblo llano no lo puede hacer, porque no tiene poder ni relaciones, utilizará todos los recursos personales para hacer lo mismo.

Una sociedad funciona cuando todos cumplen con la Ley. Se interioriza el cumplimiento de la Ley cuando la sanción es tan fuerte que en modo alguno se repite el incumplimiento. ¿Por qué hay sociedades en las que el cumplimiento de la Ley no se discute? ¿Por qué hay sociedades en las que las gentes cumplen con la Ley como si se tratase de una obligación compartida por todos? No pienso que esa gente sea mejor. Simplemente han llegado a interiorizar algo tan común y, al mismo tiempo, tan universal, como la defensa de la sociedad en la que viven. ¿Cómo han llegado a ello? ¿Ha sido por la educación (elemento positivo), o por la sanción (aspecto negativo)? Será difícil determinarlo, lo importante es que han llegado a interiorizar el comportamiento social, y es raro que intenten violarlo.

Si la sanción por el incumplimiento de una determinada ley es muy fuerte, la tendencia será a evitar la sanción; en cambio el comportamiento será el contrario, si la sanción es leve. En este supuesto los incumplido-

res prefieren la sanción que el cumplimiento. Diferente es la posición, si la sanción es fuerte. A la larga, optarán por el cumplimiento de la Ley y por su interiorización, más que por su incumplimiento.

El conflicto social como consecuencia del cuestionamiento de los valores

Una consecuencia de todo esto es el conflicto. El conflicto siempre estuvo presente en la sociedad. Lo estuvo cuando se enfrentaron las clases, o los grupos sociales. Lo estará, porque siempre habrá intereses enfrentados y distinta manera de solucionarlos. Hoy está instalado un conflicto que no tiene que ver nada con las clases sociales, ni con la manera genérica de solucionar los intereses. Se apela a ellos, pero no se trata de intereses económicos, sino más bien políticos, ideológicos o de valores. Se trata de grupos que se sienten unificados mediante medios que han logrado juntar a personas heterogéneas y les han revestido de una cierta identidad aparente para sentirse enfrentados a los demás.

Para calibrar el enfrentamiento actual de nuestra sociedad basta mirar a nuestro alrededor: a las conversaciones, a los amigos, a las familias, a los medios de difusión, a la cultura, a la universidad. No me voy a referir a todos ellos. Simplemente voy a comentar los más significativos.

Conflicto y familia

Hay conflicto entre la familia cuando los hijos no respetan la autoridad de los padres e intentan socavar los principios en que ésta se sustenta. No se pide que haya un reconocimiento expreso, sino que tácitamente se valore el papel que han jugado los padres en el desarrollo de la personalidad de los hijos.

Pero los enfrentamientos de familia son más flagrantes cuando se opone lo que fue la familia a lo que es. Parece que aquí nunca existió el franquismo. No hubo cargos políticos que disfrutaron de las prebendas mientras duró el régimen; no hubo funcionarios que crecieron a la sombra del poder velando siempre por los suyos; no hubo Frente de Juventudes, institución a la que se adscribieron los hijos de la clase media para encauzar su futuro; no hubo Organización Sindical en la que se aglutinaron los intereses de los trabajadores y de los patronos y alguien se aprovechó de aquel régimen. Algunos, incluso, lo sostuvieron.

Parece, no obstante, que desde los años cuarenta este país estuvo luchando por la democracia y por unas reivindicaciones que no llegaron a término. No niego que hubo gente descontenta y gente que luchó por cambiar la situación, pero la mayoría se apuntó al régimen como lo más conveniente. Franco murió en su cama el año 1975, pero parece que lo echaron precisamente aquellas familias que disfrutaron más que el resto de sus prebendas. Reconocer la realidad es algo esencial para superar el conflicto.

Conficto y amigos

Tradicionalmente los amigos nada, o casi nada, tenían que ver con la ideología, pero hoy sucede todo lo contrario. Se aplica al pie de la letra el principio que reza *similes similem querit* (el semejante busca al afín), sin reparar el origen tradicional de la amistad. El conflicto ideológico y la ausencia de valores determina el que haya amigos que dejan de serlo. No es el comportamiento ante el dinero lo que define el enfrentamiento y la división, sino simplemente la ideología. El hecho de que unos se hayan puesto a un lado y otros, a otro, hace que al final surja el enfrentamiento y el conflicto. Al principio se discute, posteriormente se distancia la relación, para terminar rompiéndola, unas veces, las más, de forma silenciosa, y otras, las menos, de forma abrupta. En su sustitución se busca relacionarse con personas que se encuentren en la misma órbita. Ahora bien, como los grupos que se crean no son consecuencia de la buena relación, tarde o temprano se terminarán rompiendo, por lo que el individuo pierde el grupo de referencia de su vida.

El tercer factor que crea división e, incluso, conflicto, es el periódico que se lee, la emisora de radio que se escucha, o la televisión que se ve. Los medios, que deberían ser un foco de información se han convertido en centro de discusión y de polémica. Aunque unos y otros nos justificamos aseverando a los demás que estamos abiertos a toda información, venga de donde venga, la verdad es que cada uno tenemos nuestro periódico, escuchamos nuestra radio y vemos nuestra televisión. Sería deseable que hiciéramos lo contrario de lo que decimos. Pero no es así.

Conficto y tertulias

Un apunte sobre las tertulias de la radio o la televisión. El que crea que son asépticas, o buscan la pluralidad, está confundido. Unas son más

plurales que otras; unas intentan, más que otras, esclarecer la verdad. Unas informan de todo y otras se callan lo que les interesa. En unas prima una tendencia y, en otras, otra. En unas dejan hablar y aparentemente se escuchan unos a otros, pero en otras, ni eso: se interrumpen descaradamente, no se deja opinar al que no piensa como nosotros, se torpedean sus argumentos sin esperar a que los exponga, se apostilla lo que dice y, incluso, se alude a lo personal para desacreditar los argumentos.

A pesar de todo, en todas las tertulias aparece la discusión, unas veces con más razonamientos y otras con menos. Pero en todas ellas se permite la confusión para que queden ocultos los hechos y los argumentos. No se trata de que unos piensen de una manera y otros de otra; unos razonen de una manera, y otros de otra, sino de discutir y polemizar. Discutir, y cada vez más alto, para vencer, y no convencer al contrario. Polemizar, porque en este caso la polémica no aclara la verdad, sino que genera más confusión, que es de lo que se trata.

Conflicto y sociedad

La sociedad está hoy dividida, como lo está la radio, la televisión y los periódicos. Se ha perdido el interés por informar. Se dan noticias, o se callan, si conviene a los intereses del público al que se dirigen. Todo el mundo sabe que esta radio, esta televisión, o este periódico es más veraz que el otro, pero el grupo al que se dirige, y lo escucha, lo ve, o lo lee, es porque se trata de su radio, su televisión o su periódico. Se siente en solidaridad con todos ellos, porque es la radio, la televisión o el periódico de su grupo. Es, por otro lado, el que alimenta sus ideas. No se pregunta si dicen o no la verdad, da igual. Interesan las verdades, o las mentiras, no para tener un criterio de lo que pasa, sino para combatir al contrario. Por eso no se pondera la información, sino a quien podemos atacar con ella. Son irrelevantes los hechos y su demostración. Se sobreentiende que son verdaderos, si lo dicen los nuestros, y falsos, si son los otros.

La experiencia histórica nos indica que en todos los pueblos ha habido guerras y una de las claves para entenderlas ha sido la caída de los valores, la tergiversación social, la falta de respeto a la tradición y a lo que representa. Por supuesto que siempre se encontrará una causa inmediata del conflicto, pero el caldo de cultivo es algo que nos remite a la sociedad y a su descomposición.

Conflicto y guerra

No intento ser alarmista, sino prevenir el problema antes que suceda. Ya tenemos experiencia por negar realidades que hemos tenido que afrontar pero sin haberlas previsto. En la actualidad estamos sumidos en una crisis económica, que a nosotros nos afecta de una manera especial por no haberla sabido diagnosticar a tiempo y no haber tomado, cuando correspondía, las medidas oportunas. Lo mismo nos puede pasar con los conflictos. Podemos pensar en una solución, pero cuando sea tarde (véase el capítulo de Amado de Miguel Rodríguez).

El conflicto puede trascender el orden social y afectar profundamente al Estado y a sus instituciones. El ejército es sólo un medio y no el responsable último de la decisión. Me remito a los capítulos de Jesús Ignacio Martínez Paricio, Federico Aznar Fernández-Montesinos y Andrés González Martín para esclarecer su actuación.

Los pilares básicos de la convivencia

Se comentan, seguidamente, los principios mínimos en los que, según mi criterio, debe basarse una buena convivencia. Sin ellos el individuo estará perdido y perjudicará sensiblemente los intereses de todos, es decir, de la sociedad.

La religión y temor de Dios

No defiendo la apelación al principio de la religión y del temor de Dios como base y fundamento de la vida social. Es verdad que para los que creen en Dios no hay que insistir en el valor de la persona humana, ni en el respeto a los demás. Son principios inherentes a la religión cristiana. Como tampoco en las virtudes que tienen una repercusión directa en la vida social, como el amor a los demás, la justicia o la verdad. También al que no cree en Dios se le han de exigir unos comportamientos similares. La ética y el derecho natural lo avalan. Los primeros, los creyentes, verán detrás de su comportamiento un premio o un castigo, mientras los segundos tendrán el calificativo de buenos ciudadanos.

En unos y en otros, independientemente de sus creencias, deberá haber el arraigado del valor de la convivencia y el respeto a la sociedad. Cuando apelo al temor de Dios, me estoy refiriendo a dar cuenta de nuestros actos ante los demás. El cristiano o el católico verán detrás de sus actos

la aprobación o reprobación de su conducta en la religión o en el Dios en el que creen, pero los demás tendrán como espejo en el que mirarse la sociedad y el juicio de los demás. Unos y otros deberán tener un porqué a sus motivaciones. Lo que en definitiva hay que valorar son los hechos y los comportamientos.

Respeto a los padres y a la autoridad

El segundo principio que nos ha legado la tradición es el respeto a los padres y a la autoridad. Por supuesto que ha habido un cambio sustancial en las relaciones padres e hijos y en el principio de autoridad, pero no por ello hay que erradicar estos valores. En la actualidad todos somos iguales; lo es el hombre y la mujer; lo son los padres y los hijos y los hermanos entre sí, pero de ahí a concluir que no hay jerarquías ni división de funciones, es un error. El padre es padre, y todos los hijos le deben aceptar como tal. Por eso al padre se le atribuyen responsabilidades y cometidos que no se piden a los hijos, Lo mismo sucede con la madre. El hecho de enfatizar el papel del padre o de la madre, nada tiene que ver con la desigualdad; las madres tienen su papel dentro de la familia y le ejercen de forma distinta a como lo hacen los hombres. No hago juicios de valor. Simplemente resalto el papel diferente que tiene la mujer sobre los hijos y sobre la casa. Otro tanto sucede con los hermanos.

Defender la familia es apostar por la estructura en la que se apoya. Pueden cambiar las relaciones en el interior, pero esta institución se irá al traste el día en que empiece a cuestionarse el principio de autoridad, o se trastocuen los cometidos. El respeto a los padres es sobre todo la valoración de lo que ellos representan. No se trata de venerar su persona, sino copiar y plasmar lo que ellos hacen por la familia. Decía Confucio:

«Un hombre que respeta a sus padres y a sus mayores difícilmente estará inclinado a desafiar a sus superiores» (4).

Aprender a ejercer la libertad

El *Diccionario de la Lengua Castellana* da 18 definiciones de libertad. Unas veces la define de forma positiva, como «la facultad que tiene el hombre de obrar o no obrar, por lo que es responsable de sus actos» o «decir o hacer lo que no se oponga a las leyes». Pero otras, de forma

(4) YÁÑEZ, EDIMAT, Manuel: *Lun Yu, I, 2*, en Confucio, *Grandes biografías*, p. 103.

negativa: «la condición del que no es esclavo», «el estado del que no está preso» y «la falta de sujeción y subordinación». Entra también en el concepto de libertad la que tiene denominación, como libertad de espíritu, libertad de comercio, libertad de conciencia, de cultos, de imprenta, de pensamiento. No voy a entrar en los matices, me fijo, simplemente en algo común a todas las definiciones: la facultad, llámese natural o no, que tiene el hombre de obrar o no obrar, y la limitación que imponen las leyes y el respeto a los demás.

Sin libertad no hay individuos, ni democracia, ni sociedad. La persona que no se comporta como es, no ha alcanzado el grado de persona individual. Lo mismo cabe decir de la democracia. Una democracia que no ejerce la libertad, o la tiene intervenida, no puede considerarse como tal. Esto no quiere decir que todos tengan que ejercer su libertad de la misma manera. Unos la expresarán a diario, porque ésta es su profesión, pero otros se limitarán a ejercerla cuando se trata de emitir un voto. Da igual; lo importante es que unos y otros expresen lo que piensan y sienten. Lo importante es que unos y otros no estén condicionados ni intervenidos. Sin libertad tampoco hay sociedad. Nuestra sociedad no se articula de arriba abajo, estaríamos ante una dictadura, sino de abajo arriba. Para eso están los gobernantes para que cada uno a su modo ejerza su libertad y no colisione con la de los demás.

Igualdad de oportunidades

Es imposible que todos seamos iguales. Unos se contentan con poco y otros aspiran a mucho. Descartado que todos tengamos que ser iguales hay que mantener el principio de igualdad de oportunidades y de solidaridad; de igualdad de oportunidades para que la acción individual no esté intervenida, ni se vea sesgado el ascenso de los sujetos. Hay ya un principio que juega en contra de la igualdad de oportunidades, que es el punto de partida. Pero sería fatal añadir más discriminación. Una de ellas, que juega en contra de este principio, es el de las redes. Valerse de las redes para obtener ventajas y beneficios actuaría en contra de la igualdad. La igualdad de oportunidades es un principio que puede ayudar a cambiar las posiciones de los individuos en la sociedad. Lo que unos han recibido como herencia de familia, otros lo pueden adquirir a través de la lucha y el esfuerzo personal.

La solidaridad es algo que debe acompañar siempre a una buena sociedad. Decía el evangelio que los pobres los tendréis siempre con vo-

sotros. En todas las sociedades uno de los aspectos que se cuidaba era la atención a los pobres. Por eso en las estadísticas tradicionales se les contabilizaba como un grupo destacado de la población. Más aún, tradicionalmente existía una figura, el personero, que se encargaba de coger los sábados las limosnas de la población para distribuirlas entre los pobres (5). El fenómeno de la solidaridad se traduce en el pago de impuestos y en los beneficios que se reciben a cambio. Éste es un principio que se aplica también a las autonomías, si bien en última instancia lo sostienen los individuos. No tiene por qué haber igualdad, sino solidaridad, entre lo que se da y lo que se recibe. Se da en función de los ingresos, de los gastos y del consumo, y se recibe en función de otros parámetros muy distintos. Pero no hay que confundir la solidaridad con el despilfarro o con la utilización del dinero con fines políticos. Esto no es solidaridad, sino malversación de fondos públicos.

Decir siempre la verdad

Decir siempre la verdad parece que no se lleva en nuestra sociedad. En su lugar se han impuesto las medias verdades o la restricción mental. No entiendo en este caso la verdad desde una perspectiva filosófica. Sino que la identifico con la transparencia y con la realidad de los hechos. Por eso más que decir la verdad, se trataría de estar en la verdad. Una persona está en la verdad cuando hay acuerdo entre sus ideas y sus hechos, su pensamiento y sus acciones. La persona que está en la verdad dice también la verdad. Por el contrario una persona está en la mentira se inventa hechos, o niega e interpreta los ya documentados. Una persona está en la mentira cuando oculta la verdad, la silencia o la interpreta a su manera para que tenga apariencia de verdad.

Estar en la verdad es básico para la convivencia. La sociedad está unida y no se fragmenta cuando se supone que se asienta en la verdad: la verdad económica, la verdad política, la verdad social. En una sociedad así, no se discuten los intereses, sino que los implicados se atengan a las reglas de juego. Una persona que se mete en política, no es para medrar; diferente es la posición del que monta un negocio. Si bien los comportamientos pueden ser diferentes para el político, el ciudadano o el hombre de negocios, todos ellos deben someterse al principio de la verdad. No se debe tolerar que el político mienta en su gestión, o que el

(5) Véase *Sinodales del Obispado de Palencia*, libro 1, p. 22, año 1548.

hombre de negocios falsee sus cuentas, o que el ciudadano no sea claro en sus relaciones con los demás. No se puede pedir a los individuos y a la sociedad transparencia, cuando no la tienen los políticos o los empresarios. Mentir, ocultar y tergiversar por parte de los que ocupan los primeros puestos en la escala social o económica es poner las bases para que los ciudadanos y, en definitiva, la sociedad, haga lo mismo. Los comportamientos negativos de unos y de otros se resienten en la sociedad y hacen que entre todos socavemos las bases de la convivencia

El esfuerzo y la responsabilidad

Cada persona tiene un puesto en la escala social y debe hacerse acreedor a él mediante el esfuerzo y la responsabilidad. No se trata de exigir antes de dar y de pedir antes de trabajar. Se trata de que seamos conscientes de lo que tenemos entre manos.

Es un error pensar que unos están para trabajar y otros para disfrutar del trabajo de los otros; unos para producir y otros para gastar. No se trata de lanzar balones fuera inculcando a los que producen de la desigualdad, o a los ricos de los males de los pobres; o los banqueros de la quiebra de las empresas; o a los empresarios de los despidos y del paro. No es que defienda que los que producen y crean riqueza lo hagan siguiendo las reglas establecidas; o que los trabajadores tengan siempre una remuneración justa por su trabajo. Pero no se pueden socavar las bases de la creación de riqueza de nuestra sociedad, que es en definitiva la base del reparto y de los servicios de los que dispone.

Crean riqueza los innovadores y los empresarios. Por eso, los gobiernos lejos de cercenarlos y torpedearlos, deben apoyarlos e incentivarlos. No niego que también los trabajadores están implicados en esta guerra, pero para trabajar tiene que haber alguien que cree trabajo, de otro modo, los trabajadores se convierten en un coste, como es la situación de parado.

Los trabajadores tienen que apoyar al que crea empleo, al que nos aleja de la crisis, al que nos da de comer. Es fácil llenarse la boca con los servicios sociales, con la subida de los sueldos de los funcionarios, con las pensiones, con la inversión en sanidad o en educación. No hay ningún gobierno dispuesto a recortar estas partidas sino está obligado por las circunstancias. Unos son más responsables que otros. Unos no se atreven a gastar, si no lo han producido antes, mientras otros están dispuestos a gastar aunque después venga la ruina. Eso se llama inconsciencia.

Quién debe educar

Pero ¿a quién corresponde educar en estos valores? Parto del supuesto de que el fenómeno de la educación no es algo monolítico sino que está siempre cambiando. La vida, a medida que avanzamos en edad, nos pone retos que hemos de superar de forma correcta. Por eso no es el mismo el comportamiento que se ha de pedir a un niño, a un adolescente, a un joven, a un adulto, a un mayor o a un anciano. Cada uno, en su momento, ha recibido una educación y como tal debe comportarse.

La primera educación en familia

Los cimientos de la educación los pone la familia. El niño en la familia tiene dos formas de aprender, asimilando lo que le dicen, e imitando el comportamiento de los mayores. Lo primero que percibe el niño es todo lo que se hace con él. Cuando nacemos tenemos abiertos los sentidos. Por eso percibimos la atención o el descuido; el amor y la despreocupación, la abnegación y el sacrificio. Pero no es a esta etapa a la que quiero referirme, aunque sé que en ella se ponen los cimientos de la futura educación, sino a la etapa posterior cuando el niño percibe los comportamientos de los demás y tiene ya capacidad para asimilar lo que se le dice.

Ésta es para mí una etapa fundamental que no puede suplantarse ni con la escuela, ni con los amigos, ni con la sociedad. El niño aprende y se educa en la familia; aprende con lo que hace el padre, la madre y los hermanos. Aprende con los comportamientos diarios que se realizan a su alrededor. No se pueden afirmar en él los valores de la responsabilidad, de la verdad, del esfuerzo, si los padres, o los hermanos mayores se comportan de otra manera. No se puede imbuir en el niño el concepto de libertad, si en la casa se ejerce la dictadura, o el libertinaje.

La familia es una célula constante de educación. Por eso los niños hacen lo que previamente han aprendido. Si el padre y la madre son disciplinados, él también lo será; si el padre y la madre cumplen con sus deberes, él también lo hará; si el padre y la madre son sensatos y trabajadores, él les imitará; si el padre y la madre no se engañan y siempre dicen la verdad, él también aprenderá a comportarse de la misma manera. Claro que no todos los hijos son iguales, ni todos asimilan de la misma manera los consejos de los padres. Incluso, hay hijos cuyo comportamiento nada

tiene que ver con lo que ven en su casa, pero no me estoy refiriendo a las excepciones, que las hay, sino al comportamiento general.

La escuela y la educación

Que la escuela es una fuente de educación, nadie lo duda. Más hoy en que los niños casi nada más nacer van a las guarderías, la escuela-jardín o la escuela de párvulos, como antiguamente se la llamaba. Mientras el niño es niño, todos estos ámbitos deben considerarse como una prolongación, y no una sustitución, de la familia. Por eso los padres tienen que estar muy atentos a la educación que reciben sus hijos en estos centros. No deben depositar en ellos la responsabilidad de educar y tampoco consentir que se socaven los fundamentos que ellos ponen en su casa. Por eso siempre debe existir una relación fluida entre padres y cuidadores de estos centros.

La tarea más difícil en la educación es la que corresponde a la escuela y al colegio. El Gobierno, para hacer ver su preocupación, ha puesto en marcha la asignatura de «Educación para la Ciudadanía», como si los comportamientos individuales dependiesen del aprendizaje de un texto. Como en definitiva no se trata de lo que hay que aprender a hacer, sino hacerlo, esta asignatura debe estar presente en todas las asignaturas y en todos los profesores que las imparten. Todas las asignaturas deben promover la inteligencia y la capacidad del alumno; el esfuerzo y la responsabilidad; la dedicación y el aprendizaje. Todas las asignaturas deben ser un ámbito en el que el alumno se ejercita para la vida. Enfrentarse a las asignaturas de cada curso y hacerlo con responsabilidad es la mejor manera de educarse para la ciudadanía.

La escuela y el colegio deben ser forjadores de responsabilidad, de esfuerzo y de organización. Hay que recalcar que los profesores no deben estar solamente para enseñar Historia, Gramática, Matemática o Ciencias, sino para velar por la adquisición de valores de sus alumnos. La clase debe ser una microsociedad en la que los alumnos aprenden a respetar, a preguntar, a dialogar, a expresarse con entera libertad. En la clase hay un superior, el maestro o el profesor, y unas personas iguales, que son los alumnos.

Las relaciones con ambos deben ser cuidadas: unas veces para valorarlas y estimularlas, y otras, corregidas y orientarlas. Detrás del maestro o profesor debe estar siempre el educador. La escuela, el colegio, el maes-

tro y el profesor son figuras apropiadas para seguir profundizando en los valores antes apuntados: la responsabilidad, el esfuerzo, el respeto a los demás y decir siempre la verdad.

Educación y universidad

La universidad añade a la educación que se recibe en la escuela o en el colegio, la idea de responsabilidad y de libertad. Por supuesto que no me refiero a la universidad como institución que acumula saberes y los transmite a los demás mediante el juego de la libertad de cátedra. El alumno, cuando es un adolescente, se le exige una responsabilidad limitada que tiene que estar vigilada de cerca por los padres y por el profesor, en cambio cuando ya es universitario casi toda la responsabilidad depende de él.

En la universidad el alumno debe forjar su personalidad, pero también con la ayuda de profesor. Pero la universidad no debe ser como el colegio en el que profesor y alumno comparten los criterios de formación. La universidad se debe caracterizar por el protagonismo que adquieren los alumnos en su formación, con la ayuda del profesor. La responsabilidad es del alumno que es en definitiva el que decide. Precisamente por ello la universidad debe ser para los alumnos un centro de aprendizaje y de formación personal.

En la universidad no se puede eludir también la responsabilidad del profesor en la formación de los alumnos (Pérez-Díaz 1910) (6). El alumno es el que selecciona la carrera o las asignaturas que ha de cursar. Pero el que señala el programa y las reglas impuestas en clase es el profesor. El profesor decide si la asistencia a clase es obligatoria o no; si la asignatura se aprueba con un examen final o hay una evaluación continuada; si las tutorías son obligatorias o pertenecen a la decisión de los alumnos. Todo ello forma parte de la influencia directa que ejerce el profesor sobre el alumno. En este sentido, hay que recalcar que la influencia no radica solamente en las explicaciones o en los contenidos de la asignatura, sino en la programación general del curso y en la atención que el profesor presta a los alumnos.

(6) El profesor Pérez-Díaz analiza la relación profesor-alumno que no se circunscribe solamente a la trasmisión de saberes, sino, también, de comportamientos y actitudes. Véase *Maestros y discípulos. Claves de la razón práctica*, p. 204, julio-agosto de 2010.

Educación y trabajo

Pero muchos jóvenes no van a la universidad, sino que tienen que incorporarse al trabajo. En la empresa el joven aprende a poner en práctica los comportamientos que ha adquirido en la familia y en la escuela. Y lo que es más importante, a confrontarlos con la realidad. Se trata de un campo de prueba en el que ha de justificar ante los demás si ha adquirido ciertos valores para la convivencia. La empresa debe ser el lugar adecuado para expresar el principio de autoridad. Hay gente que lleva muchos años trabajando y precisamente por ello se merece un respeto. No es que avalemos la imposición, sino que el respeto debe surgir espontáneamente del que se incorpora por primera vez al trabajo.

Junto al respeto debe brillar también la obediencia. La obediencia en este caso es armonía y fidelidad. Armonía y fidelidad que tienen que ver con la empresa. A medida que pasan los años el trabajador tiene sus márgenes de libertad, pero dentro de los objetivos de la empresa. Pero cuando se empieza debe haber unas restricciones a la libertad que vienen impuestas por la finalidad de la empresa. En este juego de obediencia y libertad el trabajador se va moldeando para ejercer estos mismos valores en la sociedad.

También corresponde a la empresa desarrollar en el trabajador el esfuerzo y la responsabilidad, así como la solidaridad con los otros. Huelga la división entre explotadores y explotados, empresarios y trabajadores, directores y personal de a pie. La empresa se ha de concebir como una unidad en la que se ha de buscar el beneficio. Trabajadores, empresarios y beneficio deben formar parte de la unidad. Sin beneficio la empresa no se puede sostener. El paro siempre se ha de entender como un gran fracaso social. Por supuesto que hay empresarios desaprensivos, como también hay trabajadores que no cumplen con su obligación. Hay que desterrar el enfrentamiento entre trabajadores y empresarios y apostar también por una unidad que tenga como finalidad salvar la empresa y sus beneficios.

El fenómeno de la solidaridad es también un valor que se aprende y se practica en la empresa. La solidaridad debe tener varias lecturas. Solidaridad con los fines de la empresa, solidaridad con los beneficios, solidaridad con los compañeros, solidaridad con el trabajo de los demás. La solidaridad es pues un conglomerado que debe afectar al trabajador desde que entra hasta que sale del trabajo. La solidaridad no se ha

de entender solamente como reivindicación o como protesta. También como adhesión a la empresa y a los trabajadores que luchan porque se mantenga y sea cada vez más competitiva.

Un campo que influye en el futuro del trabajador es la aplicación de la igualdad de oportunidades. Salarios y puestos de trabajo deben repartirse entre los mejores trabajadores. Por supuesto que habrá discordancia, pero si queremos educar en la igualdad se debe premiar al que lo merezca. El salario y el puesto de trabajo que se ocupa es una manera de recompensar.

Educación y medios

Cuando hablo de medios, me fijo en la radio, los periódicos, las televisiones y su programación. En este apartado es muy importante diferenciar entre lo público y lo privado. La información pública tiene que deberse siempre a la objetividad y la verdad. En ella no caben interpretaciones sesgadas, ni manipulaciones interesadas. Se debe a todos los españoles y por encima de todo debe brillar la objetividad. No vale con la apariencia sino con la realidad. Se dice que los periodistas y los informadores que trabajan en la radio y las televisiones públicas no reciben presiones de terceros para hacer sus informativos, pero ésta no es razón suficiente para desconfiar.

Se puede sesgar la noticia y la información poniendo a periodistas de la misma ideología y apartando a los que no piensan de la misma manera. Si en la información pública, como se dice, hay tanta objetividad ¿por qué si hay un cambio de gobierno cambia también la información y la forma de dar la noticia? ¿No será que el cambio de personas lleve aparejado el sesgo de la información sin que haya presiones externas? Hay que reconocer que la información que emiten los órganos públicos está sesgada. El problema a dilucidar es el grado.

Diferente debe ser el tratamiento de la información en manos privadas. Me refiero a los periódicos, sus cadenas de radio o de televisión. No es discutible que están para ganar dinero y tengan su ideología. Más aún, detrás están sus grupos de presión y los destinatarios de su información y de la programación. Pero ellos también deben atenerse a los principios de objetividad y de verdad. Cuando apunto a la objetividad me refiero a una objetividad relativa. Lógicamente el grupo al que va dirigida la información y la programación quiere que se enfatizen determinadas noticias

y que se minimicen, o se silencien, otras; pero estaríamos rayando en la desinformación cuando no se dan noticias que deberían ser conocidas por todos.

Más aún, no debe haber nunca la manipulación, ni la tergiversación de la verdad. Sería condenar a los destinatarios a tener una idea falsa de los hechos y forjar ideologías que no están avaladas por lo que sucede. Cuando los medios violan el principio de objetividad condenan a la sociedad a un enfrentamiento. En este caso, no sirven a la sociedad, ni siquiera a sus grupos, sino que están creando la opinión que ellos quieren para mantener sus intereses. La violación del principio de objetividad sólo se explica de esta manera. Por supuesto que entre los seguidores de tal o cual medio puede haber gente interesada en la mentira, pero la mayoría quiere que se le informe correctamente y se diga la verdad.

Educación y Estado

El Estado, sus leyes y el cumplimiento de las mismas es algo básico para el buen funcionamiento de la sociedad. Son leyes aprobadas por el Parlamento y, por tanto, hay que cumplirlas. En relación a ellas me fijo en dos aspectos, el primero, en su cumplimiento y, el segundo, en las medidas que se han de tomar para los incumplidores.

Es una obviedad decir que las leyes están para cumplirse, pero este principio no viene avalado por la realidad. Lo lógico es que los primeros en cumplirlas sean los parlamentarios, por eso las han aprobado. Igual obligación tienen los políticos que se unen al carro de los parlamentarios y cuya obligación es hacerlas cumplir. Pero no es esto lo que nos dicen los hechos.

La segunda reflexión se refiere a las medidas. Hay la sensación de que el cumplimiento de las normas depende de quien las aplica. Si el afectado tiene poder, puede quedar impune. En cambio, si es un desarrapado, los jueces harán otra interpretación y cargarán sobre él las penas que no han querido atribuir al infractor político. No hace falta ser jurista para entender la contradicción que existe entre las infracciones y las penas, entre las sentencias que se dictan sobre unos y otros, dependiendo siempre de las buenas o malas relaciones con la justicia (7).

(7) Es impensable que pudiera suceder en nuestro país lo que la Justicia americana ha decidido en relación al caso de Strauss-Kahn. Independientemente de la decisión final, la juez ha decretado prisión hasta que se aclaren los hechos.

Educación y sociedad civil

Vivir en sociedad debe ser siempre un estímulo para comportarse de forma correcta. La sociedad juzga o aprueba nuestra conducta; legitima o repulsa lo que hacemos, valora lo bueno y rechaza lo que se opone al buen comportamiento social. La sociedad debería ser un termómetro para medir los valores que son necesarios para la convivencia. Pero en la actualidad no es así, prima lo individual sobre lo colectivo; el interés particular sobre el social. Se ha roto el estigma de la presión social y cada uno intenta imponer sus formas de vida a los demás. En la convivencia social expresamos, por un lado, lo que somos, pero al mismo tiempo aprendemos, si queremos estar abiertos, lo que hacen los demás.

La sociedad es un campo para mirarnos a nosotros mismos. Ella expresa a las claras nuestros niveles de responsabilidad y de solidaridad; el respeto que tenemos a las leyes y la valoración que nos merecen los demás; en ella ponemos de manifiesto si sabemos escuchar o estamos más pendientes de hablar; si estamos reñidos con la verdad o aprovechamos cualquier resquicio para manifestar nuestra honradez. La sociedad es un campo preciso para manifestarnos como somos; para estar más atentos a los hechos que a las palabras, a lo que hacemos que a lo que decimos. La sociedad desvela nuestros comportamientos.

Por eso la sociedad es también una escuela de aprendizaje. Siempre nos encontraremos con gentes honradas; personas que hacen bien las cosas; que no saben mentir ni engañar; que escuchan y respetan a los demás; que pagan sus impuestos y cumplen a rajatabla con sus obligaciones de ciudadanos; que guardan las leyes y cuidan la jerarquía en las relaciones. Estas personas son el contrapeso de la sociedad y con su comportamiento estimulan a los demás. Están instando a que las cosas mejoren y cambien. Tendrían argumentos, como los demás, a actuar de otra manera, pero se sienten impulsados a cambiar, dejando de lado la crítica que avalaría un comportamiento distorsionado.

El resultado de la educación.

El paradigma de una sociedad de hombres iguales y libres.

Por sus frutos los conoceréis

Sabemos el objetivo final de la educación y de los medios para alcanzarla. Hay, no obstante, dudas razonables de que esto se pueda lograr. Que es posible vivir en una sociedad de hombres libres, es algo que viene

avalado por el funcionamiento de otras sociedades. Posiblemente no encontremos una sola sociedad en la que podamos mirarnos, pero hay varias de las que podemos aprender. Inglaterra en el juego democrático; Alemania, en la actuación de la justicia; Francia en el funcionamiento y el respeto a las instituciones; Suecia y Austria, en el carácter cívico de sus ciudadanos. No hay que salirse de Europa para ver que las cosas se pueden hacer de otra manera.

Para cambiar hay que tener voluntad de cambio, voluntad de hacer las cosas de otra manera. Para ello es necesario dejar de lado los comportamientos incívicos y revestirnos de los principios necesarios para estimular los valores necesarios para la convivencia.

Responsabilidad y educación

Me refiero, en primer lugar, a la responsabilidad de los educadores: los padres, la familia, el maestro, los profesores, los medios, el Estado y la sociedad. Ellos son, en parte, los responsables de lo que está pasando en nuestra sociedad. Es necesario que todos ellos asuman su responsabilidad y la ejerzan de forma razonable. Sin ellos es imposible alcanzar una sociedad de hombres iguales y libres. A ellos corresponde ejercer el papel que tienen como educadores. Los padres, asumiendo la responsabilidad que les compete desde que nacen sus hijos hasta que se independizan; los maestros y los profesores velando por el cumplimiento de los deberes que asumen los alumnos al entrar en los centros; deberes con ellos mismos, porque se aprovechan de unos recursos que la sociedad pone en sus manos para que se desarrollen como personas, y deberes con los demás, porque el centro es también un ámbito de convivencia.

El deber de educar en la responsabilidad debe trascender al propio centro y abarcar también al trabajo, a la empresa. No deben estar ajenos a este principio los medios, los políticos y la sociedad. Hay que recalcar que nuestros comportamientos tienen una finalidad social y que los demás nos pueden imitar tanto cuando hagamos bien las cosas, como cuando las hagamos mal.

Responsabilidad de los medios en la educación

Hay que recalcar que los medios, cuando renuncian a la función de informar y anteponen su ideología a la información, están haciendo un doble

mal. Por un lado están renunciando a su deber de informar, es decir, están contraviniendo los principios de responsabilidad, y, por otro, están dando pie a que los ciudadanos hagan lo mismo. Las mismas consecuencias se pueden atribuir al mal político; por un lado, incumple la tarea de servir a los demás, y por otro, da un mal ejemplo a los ciudadanos que se miran en él como alguien al que imitar.

Pero no sólo debemos exigir responsabilidad a los educadores, sino también a los educandos, es decir, a todos. De todos nosotros se pide que seamos responsables de nuestros actos. La exigencia de responsabilidad tiene dos manifestaciones, la que marcan las leyes, y la que es necesaria para una buena convivencia. De la responsabilidad que se deriva del cumplimiento de las leyes debe dar cuenta el Estado. Del resto, debemos responder nosotros. En ningún lugar está escrito que debemos respetar la edad o que debemos ceder el asiento a las personas que vemos más ancianas, o dependientes, que nosotros. Pero una sociedad ha aprendido a respetarse a sí misma cuando, más allá de lo que dicen las leyes, tiene en cuenta lo que representa su tradición.

Abnegación y esfuerzo

Parece que la idea de abnegación y de sacrificio no forma parte de los valores que se deben implantar en nuestra sociedad. Esto es mentira. Una sociedad se construye con el esfuerzo y con el sacrificio de todos. A todos hay que pedir algo. Es falso que unos están para sacrificarse y otros para aprovecharse del sacrificio de los demás.

Hay que resaltar la gran diferencia que se da entre generaciones: la generación de los padres y la de los hijos; la generación de los niños y de los adultos. Los padres, la mayoría de ellos, sobre todo los que nacieron en la guerra, o en los dos decenios posteriores, aprendieron lo que era el sacrificio y la abnegación porque nos les quedó otro remedio. Muchos de ellos pasaron grandes limitaciones, pero pudieron promocionarse haciendo grandes sacrificios.

No tuvieron problemas con el trabajo, pero muchos tuvieron que emigrar asumiendo trabajos que en la vida habían realizado. Reconocen que no podían exigir porque no estaban preparados, pero aceptaron la formación profesional que les proporcionó la vida, porque era el único medio, o el principal, de aprendizaje. Alguno de ellos fue ascendiendo en la escala social gracias al sacrificio personal, pero la mayoría se quedó en donde estaba, aunque mejoró sensiblemente su estatus económico.

Distinta ha sido la situación de las generaciones posteriores. Los que están por debajo de los 50 años contaron ya con ciertos privilegios, pero sin renunciar al esfuerzo y al sacrificio personal. Pudieron vivir mejor y promocionarse porque se conjugaron los sacrificios de ambos; se sacrificaron los padres, pero sembraron también en los hijos la conciencia para que actuasen de la misma manera. Ponían en sus manos ciertos recursos que ellos no habían tenido, pero les instaron a que los tenían que aprovechar, de otro modo se iban a quedar donde estaban. Éste era el único legado que entonces transmitían a sus herederos.

Muy distinto ha sido, y está siendo, el comportamiento de las generaciones posteriores. Huyen de la idea de sacrificio y exigen igualdad, pero sin haber puesto nada de su parte. Rehúyen el esfuerzo y el sacrificio, pero quieren iniciar su vida teniendo los mismos beneficios de todos aquellos que se han sacrificado anteriormente. Por eso exigen tener coche y casa, como un derecho, aunque no hayan realizado ningún esfuerzo para ello.

Todo es posible, porque tienen unos padres que están dispuestos a sacrificarse por ellos, y una sociedad que apenas les exige como sus padres no han querido que sus hijos corrieran con el mismo riesgo y con las mismas limitaciones, por eso les han puesto la vida fácil. Incluso, los hijos no lo pasarán mal, aunque no tengan trabajo, mientras los padres tengan recursos. Funcionará, si cabe, con mayor ahínco, la solidaridad familiar, porque así se les ha educado. Lo malo de todo esto es que la vida seguirá, y tarde o temprano los hijos tendrán que enfrentarse con sus problemas. Entonces, muchos de ellos no contarán con el recurso de los padres y tendrán que enfrentarse solos con sus problemas.

Se habla de que más del 40% de los jóvenes no tienen trabajo. Pero este es un dato que hay que interpretar. Si se tomase al pie de la letra, los jóvenes parados estarían en la calle protestando y pidiendo que cambie la sociedad para que todos se ganaran la vida, pero, no. Parece que de momento la solidaridad familiar evita todo tipo de protestas, hasta que no pueda más. Pero este momento llegará cuando la crisis haya hecho estragos y los padres no puedan atender las demandas económicas de los hijos. Este momento llegará, aunque se retrase porque los padres asumirán antes la crisis que sus hijos. Pero entonces podemos preguntarnos ¿cómo es posible que una generación perdida se pueda enfrentar a su futuro? Cunde la resignación aunque no es buena receta para la solución de los problemas.

Verdad y justicia

No puede funcionar bien una sociedad si no está asentada en el principio de verdad y de justicia. Decir la verdad es algo fundamental en la vida social. Sin verdad no hay confianza, ni se puede pedir lealtad. Exigir a los demás decir la verdad es algo totalmente necesario para fiarnos de los demás y ser solidarios con ellos. Cuando la vida social se apoya en el engaño, se justifica el que cada uno nos defendamos como podemos.

Ésta es la idea que cala en los inversores. Nadie se arriesga a invertir en Estados que no respetan las leyes, o no dicen la verdad. La confianza no se genera ocultando los problemas o manipulando los hechos. A la larga todo se sabe. Los que invierten su dinero, sobre todo las multinacionales, se informan antes. No es que aceptemos que los grupos de presión deban regir la economía, pero sí que los que tienen dinero busquen los cauces adecuados para hacer más rentables sus inversiones.

Pero la verdad social no la generan sólo los políticos sino también los medios. Por eso cuando dicen la verdad, aunque contradigan sus intereses, están educando a la población y abriendo caminos para que triunfen las buenas relaciones. Lo malo de nuestra sociedad es que hemos llegado a un grado tal de ambigüedad que no se sabe muy bien si, cuando interpretamos, manifestamos nuestras convicciones, o más bien nos debemos a intereses bastardos. Sería rica la confrontación de interpretaciones, pero cuando obedece a intereses ocultos se ha de considerar un mal para la sociedad y para la destrucción de los principios básicos de la convivencia.

El ejercicio de la Justicia no corresponde solamente a los jueces, que también, sino a todos los miembros que integran la sociedad. Se quiere derivar la igualdad de la Justicia, pero no es correcto. La Justicia está lejos de la igualdad. Si se entiende por justicia, según la primera acepción del diccionario, «dar a cada uno lo que le corresponde, o pertenece» (8), generaría desigualdad porque no todos tienen los mismos talentos ni hacen los mismos méritos. Por otro lado, no todos quieren hacer los mismos esfuerzos ni sacrificios. Unos se contentan con poco y otros no ponen límites a sus ambiciones. Esto es lo primero que tenemos que aprender.

Que no todos somos iguales ni tenemos los mismos planteamientos ante la vida. Exigir esto en la sociedad en la que vivimos, es simplemente pe-

(8) Véase *Diccionario de la Lengua Española*, edición vigésima primera, Madrid, 1992.

dir que se haga justicia. Hacer justicia, es reconocer el esfuerzo que hacen los demás y la remuneración que tienen que percibir por ello. Cuando hablo de remuneración no me refiero solamente a la económica, que también, sino a la social. Por eso, la remuneración no debe depender del esfuerzo físico, sino de otras variables que en cada momento reconoce la sociedad.

En estos momentos en los que la economía está quebrada, o resulta muy difícil generar puestos de trabajo, sería justo remunerar a las personas o grupos innovadores. Recompensamos su esfuerzo porque inciden de forma directa en la solución de los problemas. Incentivar a los innovadores, apoyar a los que tienen capacidad de mejorar la vida de los demás es algo que todos deberíamos apoyar porque redundaría en nuestro beneficio. Pretender que todas estas personas reciban la misma remuneración, basándonos en el principio de igualdad, sería un atropello contra la vida social. Que ellos se distancien es bueno para todos, porque dan mucho más de lo que reciben.

Aclarar el término explotación

Otro eslogan que corre por la vida social es la idea de explotación para referirnos a los que crean riqueza. La sociedad funciona porque todos ellos cumplen con su deber, pero su responsabilidad se iría al traste, si no hubiese empresarios que crearan empresas, o personas que tuvieran interés en crear nuevos productos y motivar a la gente a adquirirlos. Ha pasado la época de creer que la sociedad se divide entre explotadores y explotados, trabajadores con medios de producción y trabajadores sin medios, en definitiva, en clases sociales. Cada uno de nosotros puede significar en la sociedad lo que quiera. Puede arriesgarse y ser un empresario o contentarse con prestar un trabajo por cuenta ajena. Incluso, a lo largo de la vida, es posible pertenecer a varios grupos. Ejemplo de lo uno y de lo otro aparece todos los días. Hay profesionales, ingenieros, abogados, arquitectos, sociólogos que se contentan con entrar a trabajar en la Administración haciendo unas oposiciones, o prestar el trabajo en una empresa. Otros, en cambio, se arriesgan y crean su propio trabajo, encomendándose a lo que les depara el destino.

Más aún, el que hace una oposición o el que trabaja por cuenta ajena, no quiere decir que ésta sea la profesión para toda la vida. Hay abogados que hicieron la oposición a jueces y fiscales y terminaron montando su

propio gabinete, como hay funcionarios que empezaron trabajando en la Administración y se pasaron a trabajar a la empresa privada o crearon su negocio. Cada día es mayor el número de trabajadores que se convierten en empresarios después de haber trabajado para otros o haber integrado las listas del paro.

Algunos empresario siguen la profesión de su familia, pero otros, la mayoría, emprenden su propio negocio. Vivimos en una sociedad abierta en la que las personas y los grupos cambian continuamente de posición, sin que podamos avanzar con seguridad en qué grupo les enmarcamos. Pedir que todos seamos iguales y tengamos la misma remuneración sería cercenar estas iniciativas y oponerse a las bases del desarrollo.

Al mismo tiempo que defendemos la justicia, hemos de referirnos también a la desigualdad y a la insolidaridad. Vaya por delante que sin justicia no se puede exigir la igualdad, pero también en nuestra convivencia tiene que existir la solidaridad. Sin menoscabar la idea de justicia, en la sociedad habrá siempre personas y grupos que carecen de las dotes de los demás. Con ellos no se puede argüir la idea de justicia, sino más bien, la de solidaridad. Solidaridad económica, pero también, solidaridad social, es decir, respeto a sus cualidades y a su vida.

Desigualdad y solidaridad

La Justicia debe oponerse a una cierta idea de desigualdad. Para eso están los Estados, para velar por los demás y hacer que los intereses de pocos no se impongan con el bienestar colectivo. Siempre es difícil mantener un cierto equilibrio entre justicia y desigualdad. Por un lado no se puede cercenar la acumulación de riqueza que a larga redundará en beneficio de los demás, pero, por otro, no se puede permitir que unos acumulen excesiva riqueza a costa del trabajo y de la responsabilidad de otros.

Extremar la solidaridad y reducir por encima de todo la desigualdad, puede ser perverso para la sociedad. Perverso, porque no se estimula a aquellos que invierten y dinamizan la sociedad, y perverso para aquellos que tienen recursos, pero les resulta más rentable vivir de la solidaridad de los demás. Mantener un cierto equilibrio entre ambas virtudes, justicia e igualdad, puede resultar difícil, pero necesario para el buen funcionamiento social.

Palabras y hechos

Se ha generalizado en la convivencia anteponer las palabras a los hechos. Parece que la palabra engendra la realidad. No hace falta que lo demostremos. Decimos que las palabras se las lleva el viento, pero en la sociedad actual se da mucha más importancia a lo que se dice que a lo que se hace. Cada día valen menos los documentos, las pruebas escritas, la demostración de los hechos.

Cuando la realidad demuestra algo diferente a lo que decimos, apelamos a los jueces, a la Justicia. Pero ya hemos anticipado que no creemos en ella, que hay dos varas de medir. Pero, ¡qué sarcasmo! apelar a la Justicia como tabla de salvación ante lo irrefutable de los hechos. No se tienen en cuenta los papeles, si no lo que se dice, y quien lo dice.

De nada sirve que las aseveraciones sean interesadas, absurdas, ilógicas. El que lo dice sabe que va a tener aceptadores y encargados de legitimar sus palabras. Por eso lo dice. No repara en el sentido ni en el contenido de lo que dice, lo importante es que llegue a una parte de la población, que ella se encargará de difundirlo y acreditarlo.

Regenerar la democracia

Para ello es imprescindible regenerar la democracia, es decir, la vida pública, el Parlamento y la división de poderes. En los años noventa pensábamos que ya se había terminado la transición, que por fin se había instaurado la democracia. Pero, no. Lo andado se ha vuelto a cuestionar. Mirar al pasado para cuestionar el presente y dificultar el avance hacia el futuro no es buena medida. Llegamos a un acuerdo para no convertirnos en estatuas de sal, pero algunos parece que lo han olvidado.

Lo malo de todo ello es que se están socavando las bases de nuestra sociedad y, lo que es peor, el respeto a la democracia. Para algunos es suficiente decirlo, aunque los hechos lo desmientan. No es democracia manipular la opinión popular para que la gente no piense por su cuenta; no es democracia llamar al pueblo cada cuatro años para que vote, sin informarle previamente de lo que puede votar; no es democracia poner en los programas una cosa para después hacer otra. No es democracia ajustar los votos a los intereses de los grupos y no a la voluntad del pueblo; no es democracia distribuirse los cargos de los partidos políticos sin apelar a la voluntad de los miembros de los partidos; no es democracia

apuntase a un partido político y vivir de él como si nos hubiese proporcionado trabajo para toda la vida.

La gente se indigna porque esta democracia no resuelve sus problemas. Es verdad que en los movimientos de protesta puede haber gente interesada en canalizar el descontento en una dirección, pero no se pueden negar los hechos que embargan a los que se concentran.

La democracia implica regenerar la vida pública. Es absurdo oponer lo público a lo privado, la gestión pública a la privada. En una sociedad abierta y respetuosa con la libertad de los demás todo es público y todo es privado. Es cuestión de matices. Lo privado debe tener también una dimensión pública, como lo público incidir en los problemas que nos afectan como ciudadanos. Lo público, si se gestiona bien, puede redundar en beneficio de todos, como no hay ninguna duda de que la buena gestión privada redundará en beneficio de todos.

Es absurdo argumentar que la gestión privada es para favorecer a los suyos, a los ricos, y la pública, a todos, a los pobres. Es pura demagogia. Tanto en la gestión pública como en la privada se ha de buscar lo mejor, y de momento parece que el interés particular, el beneficio, mejora sensiblemente la gestión.

EL PAPEL DE LOS POLÍTICOS

El Estado no genera dinero, lo reparte y lo gestiona. Por eso en el momento actual no se trata de enfatizar el reparto, sino la creación de riqueza. Sin ella es imposible plantear una buena sanidad, una excelente universidad, una seguridad ciudadana y unos servicios sociales para todos. Hay que recalcar que el Estado no crea riqueza, pero puede estimularla o entorpecerla. De él dependen las leyes que estimulan o dificultan la inversión. El no crea puestos de trabajo, pero facilita con sus normas que se creen empresas o desaparezcan; que vengan o se marchen los inversores, que los que tienen se estimulen a incrementar su patrimonio o simplemente quieran gastarlo; que los que crean riqueza sean cada vez más competitivos, o vean reducidas sus ventas. La economía es frágil y por eso hay que cuidar con las leyes a los inversores.

Para asentar nuestra democracia es necesario que haya una división de poderes real. Que los gobiernos gobiernen, que es lo mismo que decir que cumplan sus programas; que el Parlamento legisle, y que los jueces juzguen y emitan sentencias de acuerdo a lo que dicen las leyes. La de-

mocracia está en entredicho cuando alguno de estos órganos no cumple con su deber.

El gobierno está para gobernar y no para mantenerse en el poder. Esto lo debemos aprender los ciudadanos. Un gobierno se merece nuestra confianza cuando ha hecho bien las cosas, es decir, ha creado trabajo, ha mejorado los niveles de vida, ha jerarquizado los gastos, ha gastado con orden, se ha endeudado hasta el punto de poder pagar, ha velado por la seguridad ciudadana, ha favorecido a los más débiles. No se trata de establecer una lucha entre ideas, sino entre gestiones.

Por eso celebramos elecciones. Las elecciones no deben estar para imponer nuestra ideología a los demás, sino para elegir gente sensata que puede ayudar a mejorar la vida.

Un apunte esencial de los gobiernos es la subvención. Es verdad que los gobiernos, también los autonómicos, disponen de recursos. Emplearlos para crear riqueza y solucionar los problemas es una obligación.

Esto es posible por la mala aplicación del principio de solidaridad según el cual los más ricos, o las comunidades más ricas, tienen que ayudar a las más pobres. Este principio es aceptable cuando se utiliza la subvención para salir de la marginación y de la pobreza.

Tarde o temprano cambiará la situación, o porque los que producen se nieguen a hacerlo, o porque las comunidades solidarias protesten y dejen de contribuir con sus recursos. Es posible, aunque menos probable, que los subvencionados se den cuenta del problema y empiecen a pedir inversiones que les ayuden a salir de su situación.

Cada cuatro años elegimos a los parlamentarios. No entro a discutir si el bipartidismo es la mejor solución o hay que buscar otras fórmulas. Lo importante es que los parlamentarios representen la voluntad popular y se deben a ella a la hora de tomar decisiones.

EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL

Hay que dejar de lado la connivencia con los incumplidores. Mal funciona una sociedad cuando hay personas, grupos y medios encargados de ocultar y de legitimar a los incumplidores. Está visto que la corrupción tiene su ocultación.

Por eso dilucidar estos temas no se ha de poner solamente en manos de los jueces o de los partidos políticos, debe intervenir también la sociedad

civil. De la misma manera que lo hace con los temas vinculados al terrorismo debe hacerlo también con los casos de corrupción. En este caso no hay que esperar a que los jueces dictaminen, sino que hay que pedir responsabilidades cuando se demuestra con hechos que ha habido corrupción. Digo bien, que se demuestre con hechos para que no sea una pura especulación para destruir al contrario.

Pero al mismo tiempo que incido en las medidas que hay tomar contra el corrupto hay que defenderlo de las intrigas de la oposición. Dejar abandonada a una persona solamente porque está acusada de corrupción es una temeridad. Posiblemente esto es lo que pide la sociedad pero también hay que hacer caso a lo que dicen los interesados, sobre todo cuando se confiesan a los amigos. Tarde o temprano se aclararán los hechos y es lamentable que también los amigos hayan abandonado al acusado, si es declarado inocente. Defender la Justicia, pero al mismo tiempo apoyar al que ha sido injustamente tratado para defenestrar su carrera política, es una obligación de la propia sociedad.